

Piedra y Pluma (I Parte)

Don Francisco de Paula Villa-Real y Valdivia

Félix Manuel Martín Gijón.

De los paradisíacos jardines, los refinados baños, el mihrab y los suntuosos muros tan sólo se conservan fragmentos del pétreo esqueleto que conformaba tales maravillas. Las solitarias piedras del castillo palacio de Mondújar, son los supervivientes de la última gran construcción levantada a manos de los hijos de la media luna en la península. Y como la gran civilización que durante ocho siglos ocupó estas tierras, desplomadas y marchitas por los años, están las piedras del castillo. Cada una, es un pedazo de historia inerte que atesora parte de las vidas de las personas que de un modo u otro se ligaron a ellas. Así está el artífice de todo, el monarca granadino Muley Hacem, que levantó el castillo para su amada Zoraya. O la valerosa Guiomar de Acuña, que durante la ausencia de su esposo Pedro de Zafra, lo defendió durante los continuos asedios de los moriscos sublevados, una noche de 1499.

De este modo, habría que hacer mención especial a don Francisco de Paula Villa Real y Valdivia, que con su pluma, otorgó de nuevo vida a las ajadas piedras del castillo que tanto amó. A un año del centenario de su muerte, poca gente es la que le recuerda. Las líneas aquí presentes, tienen por menester intentar bruñir la memoria de este ilustre mondjero.

UN NIÑO QUE SOÑABA.

Corría el año 1848 cuando se ensancharon por primera vez los pulmones del hijo de don Francisco de Paula Villa-Real y de doña Carlota Valdivia. A fecha de 19 de septiembre, un día después de su nacimiento, quedó registrado en el libro 9 de bautismos del

Archivo Parroquial de Mondújar, Francisco de Paula María de los Dolores, Mariano, Antonio, Manuel Villa-Real y Valdivia.

El pequeño Francisco pasó la infancia en su pueblo de Mondújar. El hecho de que su padre fuese administrador del general Riquelme, y su madrina y familiar Ana Valdivia, dueña del molino de aceite de Mondújar (que luego adquirió el general Riquelme), hacen pensar que los primeros años del niño tuviesen un tono desa-

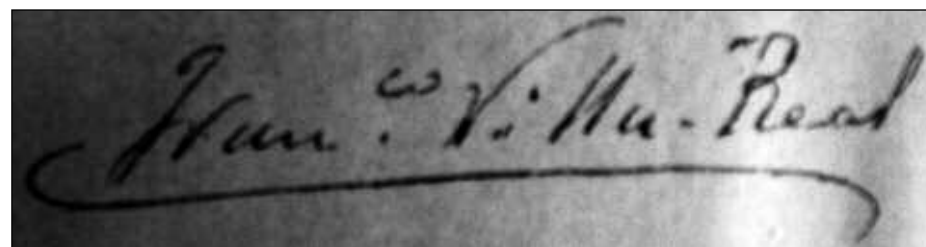
hogado. Entre la historia y la leyenda, los olivos y acequias del pueblo, empezó a brotar la imaginación de un niño que soñaba al pie del castillo.

EL JOVEN PROFESOR.

C a m b i a Francisco el paisaje de montañas enraizadas sobre las lluvias y el sol de Mondújar, por el trazado urbano de la capital

granadina. Se traslada a la calle Santa Teresa, cercana a la plaza de la Trinidad, para comenzar sus estudios.

Universal. Fue un 29 de marzo de 1885. En todo este tiempo, ya había atesorado la experiencia que le otorgó la docen-



Firma de D. Francisco



D. Francisco en una foto de la época.

Sobresalientes y premios pueblan las páginas de su expediente durante esos años. El talento del joven estudiante de Filosofía y Letras y Derecho, no pasó desapercibido. Joven estudiante, que pronto empezó a despuntar como profesor. Es a la temprana edad de 19 años cuando empieza a prestar sus servicios a la Facultad de Filosofía y Letras como auxiliar gratuito. Un año más tarde ya cuenta con el título de doctor. Su prueba, calificada por tres personajes ilustres de la Facultad: Manuel Góngora, Francisco Javier Simonet y Leopoldo Aguilar, obtuvo la calificación de sobresaliente. Es en 1870, cuando recibe su primer sueldo de 1500 pesetas por parte de la Facultad.

ESCALERA AL CIELO.

Las cifras hablan por sí solas. Con un total de veinte cursos académicos, cinco meses y seis días, a las espaldas de don Francisco, es nombrado Catedrático Numerario de Historia

cia, dentro de puestos como el de auxiliar de Derecho Mercantil y Penal o catedrático en comisión de Literatura Griega y Latina. Desde su infancia en el pueblo, don Francisco siempre fue un enamorado del perfume con que "el misterioso encanto del pasado" podía impregnar cualquier rincón. Apreciar los sutiles matices de los olores es lo que transmitía a cada uno de sus alumnos.

Después de más de media vida enseñando a "oler". Lidiando entre archivos y manuscritos. Buscando la verdad de las crónicas y fechas. Después de más media vida de esfuerzos al servicio de la Universidad. Después de más de media vida subiendo peldaños, llega a un lugar. Y ese lugar era una cumbre, era "su" cielo: es nombrado Decano. Se convierte de este modo en la máxima autoridad dentro de la Facultad de Filosofía y Letras de Granada. Acaeció su nombramiento en el noviembre de 1900.

Hasta aquí, el humilde esbozo de la vida de un hombre dentro de las aulas. Sin embargo, fuera de ellas también hay una historia, profesional y humana, digan de ser contado. Aunque esto lo dejaremos para la siguiente entrega.